

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse
se al Apartado de Correos 347.



El ilustre inventor de la telegrafía sin hilos, que yendo de paseo en automóvil con su esposa, chocó el vehículo con otro auto. Los dos coches volcaron, resultando heridos los cinco ocupantes del otro automóvil. Marconi salió lanzado a gran distancia, yendo a dar contra un guardacantón, resultando con una herida en un ojo y magulladuras en todo el cuerpo. Los heridos fueron conducidos al hospital de Spezia, donde se les atiende cuidadosamente. Aunque el estado del sabio es bastante grave, no inspira serios cuidados. Su esposa resultó ilesa, milagrosamente.

El cinematógrafo y la higiene.

En los Estados Unidos se está trabajando con verdadero ahínco por la higiene dental. Los americanos, convencidos de lo peligroso que es el descuido de la boca, la falta de limpieza, buscan por todos los medios, el inculcar en el público la higiene de la boca.

Han empezado por fundar una asociación que persigue su fin y ésta ha inventado últimamente un medio que está dando admirables resultados.

La Asociación de la Higiene de la Boca ha mandado hacer a una de las principales casas cinematográficas de

América varias películas interesantísimas que presta gratuitamente a los cines.

El resultado de esas películas es admirable. Personas que en su vida se habían cepillado los dientes han salido del cine y se han limpiado la boca antes de acostarse.

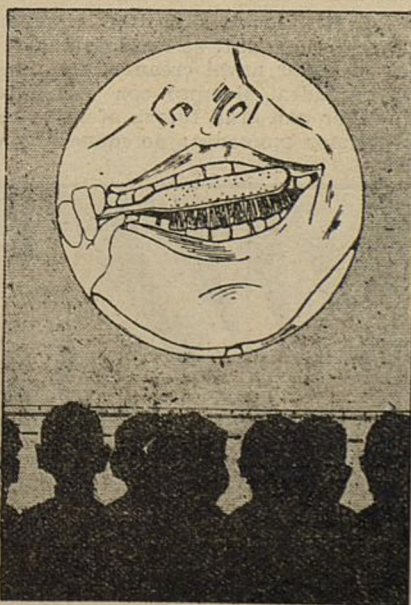
Quince películas forman la serie.

En ellas se ve lo primero una escena de familia. El padre lee un periódico y ve un artículo titulado "Edad a la que los niños deben empezar a cuidarse la dentadura". El padre llama la atención de su mujer é hijos y el artículo se ve proyectado dando instrucciones. Los padres examinan la boca de los chicos y convienen en que es preciso aleccionarles.

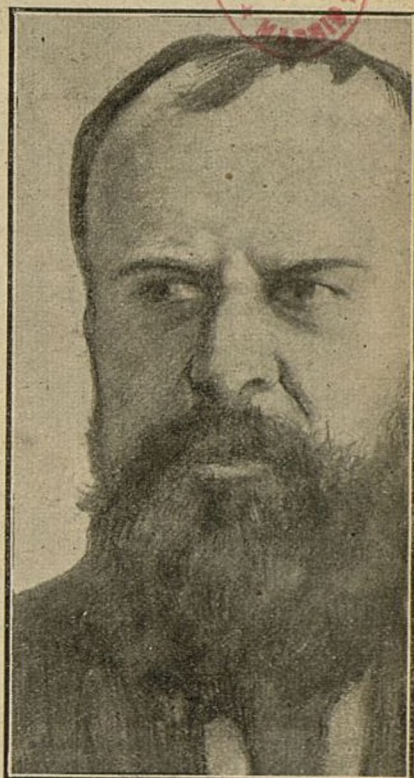
Después los niños escuchan la explicación de un dentista: el modo de cuidar la dentadura, el uso de los buenos mondadientes, enjuagues, uso del cepillo, etc.

En esta película se ve aumentada y con grandes detalles una boca enferma a consecuencia de una dentadura descuidada y sucia; dientes careados, sueltos, flemones, formación del pus, del tártaro ó sarro, etc., etc., que explica claramente las causas del molesto dolor de muelas. Más tarde se ve el proceso del desarrollo de las bacterias en una muela enferma.

La multiplicación de los gérmenes en movimiento, es tan real y hace tal impresión que es corriente ver salir espectadores del cine y antes de ir a casa ir directamente a una clínica dental. Si tenemos presente la asombrosa rapidez con que estos microbios se desarrollan comprenderemos el interés que tiene que despertar semejante



El cinematógrafo enseñando el uso y manejo del cepillo de dientes.



El célebre literato francés Tristán Bernard, autor de la obra titulada "Petit Café", estrenada en el Palais Royal, de París, con éxito colosal, y de la que la Prensa toda hizo grandísimos elogios. Nuestro compatriota el galano cronista José Juan Cadenas ha traducido y arreglado la obra a nuestra escena, y fué estrenada hace poco en el teatro de Eslava de esta corte con éxito verdaderamente grandioso. Los chistes, las situaciones cómicas se suceden sin interrupción, y si grande es la obra de Bernard, portentoso y admirable ha sido el arreglo hecho por Cadenas.

(Fot. Alfonso.)

te película. Este poder de reproducción es casi increíble. Algunas especies se multiplican cada 30 minutos y aun en menos. Así una sola bacteria puede producir en un día más de diez y seis millones de descendientes, y en dos días llegaría a la enorme suma de doscientos ochenta y un mil millones.

Claro está que estos números son teóricos, pero en la práctica no llega afortunadamente a suceder, pues no siempre están las bacterias en condiciones de reproducirse con esa facilidad, pero basta para comprender lo asombroso de su desarrollo y lo horriblemente peligroso de la suciedad de la boca. El resultado de estas películas ha sido admirable.

LOS EJÉRCITOS GIGANTESCOS



Un ejército exageradamente grande escaparía de entre las manos del jefe que intentara manejarlo.

¿Es segura la victoria de un ejército numeroso, sobre otro pequeño? La Historia nos dice que no.

¿Conviene tener preparados para el futuro grandes masas de soldados?

El tiempo lo dirá; pero lo que desde luego se puede afirmar que hacen falta cerebros extraordinarios para poder manejar esas enormes masas, esos ejércitos formidables.

Y, sin embargo, las naciones no piensan sino en aumentar sus ejércitos, y por consiguiente, fatalmente, sus presupuestos de guerra.

Tomemos como ejemplo la nación militar por excelencia: Alemania. El año anterior había aumentado el cupo en 11.000 hombres, lo que le daba un ejército de 610.000 hombres, en tiempo de paz. Disponía entonces el imperio del Kaiser de 634 batallones, 510 escuadrones y 532 baterías de á seis cañones, ejército verdaderamente formidable, puesto que su rival eterna, Francia, cuenta con 623 batallones, 445 escuadrones y 639 baterías de solamente cuatro cañones. Pues bien, Alemania acaba de hacer un nuevo esfuerzo por el cual el imperio germánico contará en pie de paz con 30.000 oficiales y 653.000 soldados, ejército colosal, como no se ha visto desde los tiempos de Jerjes.

La razón expuesta por el ministro de la Guerra para justificar este aumento, era que "la situación política se había agravado, y que á nuevas exigencias había que responder con un contingente mayor de fuerzas, y que el número de soldados instrui-

dos respondiese á las eventualidades de una guerra futura, y que la transformación del pie de paz al pie de guerra, fuese fácil."

En una palabra, obtener un ejército de primera línea, un ejército ofensivo de gran fuerza en el primer momento.

Con esta organización se crean dos nuevos cuerpos de ejército, el 24 y 25, y reunirán una cantidad asombrosa de combatientes en las fronteras, sobre todo en la francesa.

La megalomanía militar alemana no se detiene ahí: se trata de aumentar el poder naval creando una nueva escuadra, siempre con el objeto de tener una gran fuerza ofensiva en el primer momento; de manera que



Alemania vierte constantemente torrentes de oro para sostener un ejército cada vez mayor.

en 1920 contará con 61 acorazados y un aumento de 14.000 hombres para su dotación.

La primera dificultad con que se encuentra para sostener este ejército es la cuestión pecuniaria. El presupuesto de guerra y marina tendrá que subir á la friolera de 825 millones de marcos, y Alemania, ya abrumada por el presupuesto actual, ¿podrá resistir este nuevo aumento?

Eso en cuanto á la dificultad financiera, pues hay otras no menos graves.

El aumento de hombres exige el aumento de cuarteles, y esto no se hace en una hora; el aumento de hombres exige aumento de instructores, y en Alemania cada día es menor el número de jóvenes que se dedican á la carrera de las armas.

En la actualidad, faltan cerca de mil oficiales, y de año en año el número aumentará.

A la multiplicación de soldados debe corresponder matemáticamente un aumento de material, cañones, fusiles, carros, ferrocarriles, municiones, etcétera, etc., y todo esto, ni se inventa ni se improvisa.

¿De qué sirven cientos de batallones, si no hay ferrocarriles para transportarlos al teatro de la guerra, si no se les puede asegurar víveres, ni municiones?

Y ahora otra gravísima dificultad.

¿Existe un general que se atreva á hacer mover esas colosales legiones; de encontrar un campo de batalla donde puedan maniobrar, de manejar esos cientos de miles de soldados?



Las grandes masas militares demasiado compactas, se estorban, se molestan y se inmovilizan mutuamente.

La Historia nos enseña que muchas veces los grandes ejércitos han sucumbido ante pequeñas masas.

Jerjes quiso aniquilar á Grecia con sus colosales ejércitos, y bastaron trescientos hombres decididos para poner en dispersión aquellas legiones, en el desfiladero de las Termópilas y unos cuantos barcos griegos deshacían en Salónica mil doscientos buques persas.

Hace un siglo, el gran Napoleón, no pudo en un momento manejar su gran ejército, y llevar á cabo sus proyectos de hegemonía europea.

Los alemanes acumulan constantemente sobre la frontera francesa, en Alemania y Lorena, fuerzas y más fuerzas bien dotados, bien equipadas, admirablemente instruidas. Con una señal de telégrafo se pondrían en movimiento y sería una enorme avalancha de gente que en un momento atacaría á Francia.

Pero tanto este Ejército del primer empuje como el enorme de reserva, pues Alemania puede contar sus soldados por millones, ¿quién los manejaría? ¿Dónde pelearían? Como lo indican gráficamente nuestras ilustraciones, es difícilísimo encontrar un general que los maneje ni que se le escapen de entre los dedos.

La cuestión de terreno, de transportes, es capitalísima. El número de combatientes

que se puede poner en un terreno es proporcionado á su capacidad matemática. Supongamos un inmenso Ejército que se vea obligado á atravesar una montaña y es preciso pasar por un desfiladero; tendríamos una infinidad de cuerpos de Ejército completamente paralizados días enteros mientras pasaban los primeros.

Aunque se tengan en cuenta los medios modernos de que disponen actualmente los jefes, hay un límite del cual no se puede materialmente pasar y no hay que contar con que esos medios sean infinitos porque entonces la lucha no sería más que una avalancha chocando contra otra, un pueblo contra un pueblo en refriega sin dirección, sin método, sin otro resultado que la exterminación mutua, presidida únicamente por la suerte. Por otro lado, la guerra, por razones políticas, sociales y económi-

cas, tendrá que ser de muy poca duración.

Se puede calcular que una guerra entre Alemania y Francia pondrá en un momento un millón de hombres en el campo de batalla. Y sería necesario buscar un campo donde pudieran moverse las enormes masas de infantes, los cientos de escuadrones, los miles de cañones, toda la impedimenta de carros, hornos, ambulancia, etcétera. Francia que ve esos enormes Ejércitos á sus puertas, se ocupa de la defensa, pues sabe que si se descuida, si tarda algo en movilizar su gente y enviarla á la frontera, los alemanes, con su Ejército, del primer choque arrollarían cuanto encontrarán delante, penetrarían en terreno francés y en pocas semanas Francia estaría ocupada por los alemanes.

Sin embargo, repetimos que muy á menudo pequeños Ejércitos han vencido á otros cinco, diez, veinte veces mayores. Las grandes masas, no siempre han vencido á los pequeños. Aparte de las grandes perezas de griegos y sopranos; aparte de las conquistas de los españoles en Méjico y Perú, la historia moderna nos da muchos ejemplos, y el mismo Napoleón ha vencido en cien batallas peleando con enemigos de un número muy superior.

Es evidente que el valor del soldado, el desprecio á la muerte es un grandísimo factor.



El gigantesco ejército de Jerjes fué contenido en el paso de las Termópilas por un puñado de trescientos griegos.



EN BUSCA DE MARIDO



En el lago de Como, muy cerca de su orilla,
La viuda se instaló en pintoresca villa,
Y á los muy pocos días de acabar de llegar
Notó que cierto joven la empezaba á rondar.

Supo que era un poeta apellidado Dante,
Muy listo, muy romántico, educado y galante;
Pero como es corriente, como es lo general,
No tenía el poeta, como todos, ni un real.

Desde por la mañana á la tarde, el poeta
Se pasaba mirando la "villa di Marietta";
Si salía la viuda, él detrás la seguía,
Recitando en voz alta alguna poesía.

Por fin se conocieron; por sus bellas maneras
La viuda llegó pronto á quererle de veras.
—Soy pobre—le decía el Dante, mas te adoro.
—No importa, yo soy rica, yo poseo un tesoro.

Así el tiempo pasaba, así el tiempo corría
Entre dulces coloquios, música y poesía,
Y una noche estrellada, solos en la ribera
Del lago, quiso Dante que sus versos oyera.

De rodillas ante ella, el Dante, enamorado,
Oprimía sus manos, hablaba embelesado,
En verso, de su amor; con sentida expresión
Describía el estado de su ardiente pasión.

De repente se escucha el trino repetido
De un ruiseñor canoro en la orilla escondido,
Suelta el galán las manos, y le dice: "Escuchad,
¡Qué portento, qué encanto, cuanta divinidad."

Al verse así la viuda, de pronto abandonada,
Se levanta al momento, retírase enojada
Y le dice al poeta: "Mi querido señor,
Dejadme á mí tranquila y amad al ruiseñor."

FERS.

LA VIDA EN BROMA

UN DIA DE LUTO

En España se suceden los acontecimientos tristes con una frecuencia que agobia. No salimos de un desastre cuando ya tenemos otro desengaño encima.



El último ha sido morrocotudo, de esos que dejan honda huella en el alma.

Me refiero á la suspensión de la corrida en que había de tomar la alternativa el "Gallito chico", ese fenómeno taurómico que nos tiene electrizados. ¡Qué digo electrizados! ¡Locos perdidos!

Una lluvia pertinaz, imprudente y antipatriótica, que beneficiará mucho á los campos y á los fabricantes de paraguas, pero que perjudicaba mu-

cho á Mosquera y á sus explotados, impidió que se consumara ese acontecimiento nacional, de mayor transcendencia que las Cortes de Cádiz, la firma del tratado franco-español y la inauguración de los evacuaforios.

Madrid entero lloró ese día, que fué un día de luto nacional.

Ahora comprendo yo la antipatía que tiene mucha gente al agua, y el por qué abundan tanto en Madrid las tabernas. No es que el vino domine al español; es que el agua es enemiga de los toros. Verdad es que la del Lozoya no tiene la culpa de eso.

Pero hay que declararle la guerra al agua. Máxime después de la tratada que nos jugó el día de la alternativa de ese portento de chico, astro potente de la tauromaquia, eclipsado momentáneamente por unas nubecillas insignificantes y descorteses, que pesan menos que un panecillo fabricado en Madrid.

Ya pueden sobrevenir acontecimientos desagradables para este desventurado pueblo del Dos de Mayo... Ninguno le afectará tan profunda y amargamente como el horrendo desastre del 27 de Septiembre á la una de la tarde, cuando se puso el cartelito suspendiendo la corrida.

Ya pueden ocurrir terremotos que nos tragan, epidemias que nos diezmen, galernas que nos sepulten, inundaciones que nos arrastren, guerras que nos aniquilen, tormentas que nos asolen; todo será tortas y pan pintado junto al tremendo y trágico instante de suspender una corrida como esa.

Nuestra alma, templada ya para todos los desengaños futuros y para todas las adversidades de la vida, presenciara impasible, con frialdad estoica, los mayores horrores del mundo, incluso los de la administración municipal.

Nuestros ojos, secos de tanto llorar, no tendrán una lágrima compasiva

para nada ni para nadie, aunque oigamos un concierto de los que da la banda.

¡Somos unos cadáveres!

Este era el único golpe que nos faltaba, después de la pérdida de los Consumos.

Ahora es cuando hay que colocar la bandera á media asta y abrir pronto las Cortes para disipar esta murria, que puede conducirnos á los mayores desastres, como, por ejemplo, el de pagar el impuesto de inquilinato.



Ahora es cuando me convenzo de que una ciega fatalidad pesa sobre España, y que los que emigran hacen bien en marcharse.

Para no presenciar más alternativas que las del partido liberal, ni gozar de más ventajas que las que ofrece la Prensa con sus cupones, maldita la falta que hace estar aquí pagando tantos impuestos y sufriendo á Barroso.

F. ROIG BATALLER.

¡LA EDUCACION SOBRE TODO!

Un ejemplo como hay muchos.

Ponderando la instrucción que á sus discípulos daba, un profesor exclamaba con marcada afectación

ante un amigo que tiene un hijo y que pretendía saber si él se encargaría de la educación del nene:

—Una persona instruida es tan solo respetada, pero una bien educada es apreciada y querida.

La modestia y la cordura brillan en el hombre fino como el astro purpurino brilla espléndido en la altura.

No creo que usted se asombre ni creo que me doy tono; ¡el niño que yo alecciono raciocina como un hombre!

Porque tras larga experiencia adquirí la convicción de que sin educación no hay orden, amor ni ciencia.

Ella es la base más firme del progreso universal y esto es tan fundamental como... no sé qué decirme.

Yo me enorgullezco al ver que el hijo que me dió el cielo es verdadero modelo de educación y saber.

Y su mérito aquilatan su bondad y discreción... ¡Vamos, que es la admiración de todos los que lo tratan!

Y para que usted, en la vida diga que habló por hablar se lo voy á demostrar... ¡Juanito, sal en seguida!...

Y una voz fresca y lozana como la de un chiquitín, respondió con retintín: —¡Papá, no me da la gana!

PIO GRACO.



LA BELLA MERCEDES

Novela adaptada del inglés, expresamente para "LOS SUCESOS"

Si esto estaba visto. ¡Hay un entusiasmo loco, delirante!

Fuera, en la calle, todo era bullicio y animación, gente que pasaba, que le saludaba, que comentaba algo, apretones de manos, abrazos, sonrisas y saludos, acompañadas de significativos gestos.

El coronel, aunque con cara sonriente y queriendo aparecer contagiado por la alegría común, estaba desesperado. Sentía una rabia sorda al ver que todos admiraban a Mercedes, que la acibillaban con floreos y que ella los aceptaba complacida.

Ocultó como pudo, con una sonrisa su inmenso desagrado, y haciendo una profunda cortesía, dijo:

—Señorita, su hermosura ha conquistado á todo San Ramón y sus alrededores; los corazones de todos estos gauchos están dormidos por sus encantos.

No debieron hacer gran mella en la hija de D. Emillo esas palabras, pues por toda contestación se contentó con sonreír y responder con una ligera inclinación de cabeza al reverente saludo del coronel.

Carmelo, entre tanto, permanecía en medio de la plaza, inmóvil, con los ojos clavados en el balcón, donde por unos minutos había contemplado el rostro más bello que imaginarse puede.

Al cabo de un buen rato, como quien despierta de un sueño, se restregó los ojos con el dorso de ambas manos y miró con mirada estupefacta á su alrededor. Dió dos ó tres pasos hacia adelante, volvió á fijar la vista en el balcón esperando ver de nuevo á aquella diosa; luego, viendo que nadie aparecía, anduvo sin rumbo de aquí para allá, sin alejarse, sin perder de vista el Hotel Nacional. De nuevo permaneció un buen rato inmóvil, con los pies clavados en el suelo y los ojos en la ventana. Convencido ya de que la visión se negaba á salir de nuevo, dió un profundo suspiro y, girando sobre sus talones, se alejó despacio, contoneándose, de los alrededores del Hotel Nacional.

Anduvo, anduvo sin rumbo fijo, sin darse cuenta de los sitios por donde iba. Se internó por las viñas y por los campos de alfalfa que circundaban la ciudad, con la vista fija en el suelo, sin ver nada del terreno que pisaba.

Por último, se internó en el bosque, andando siempre como el judío errante, con una idea fija clavada en su imaginación y un movimiento único en su corazón, que le absorbía por completo.

Así caminó largo tiempo, hasta salir de aquel oasis y llegar á las soledades que se extienden hasta la fal-

da de los Andes, que se ven altivos como inmensas olas de azulados matices.

Quizá el cansancio, el repentino cambio de paisaje, tal vez le hicieron detenerse.

Entonces miró á su alrededor, como asombrado de hallarse en aquellos parajes, quedó pensativo un buen rato como mirándose en su interior. Al cabo de un rato se tumbó en el suelo, boca abajo, con los codos en tierra y la cara apoyada en las manos, su posición favorita, y se quedó contemplando el desierto, mirando aquellos solitarios alrededores con ojos soñadores. Su alma indómita como los vientos del desierto, se hallaba á gusto para soñar en aquel espacio libre y solitario.

En el alma de Carmelo, grande, salvaje, virgen, el amor no podía entrar suavemente; las pasiones todas eran grandes, vehementes, y el amor tenía que entrar brutalmente, con fuerza, con ímpetu colosal. Y el amor se había apoderado de su alma, le había inundado con la fuerza arrolladora de esos torrentes de la montaña que en horas se desatan y forman verdaderas avalanchas. Así se había apoderado el amor del alma de Carmelo, como un verdadero torrente, como un torbellino imposible de encauzar, imposible de contener.

El gaucho no razonaba, sentía. Había visto un muchacha encantadora; jamás vió cosa igual; se había enamorado perdidamente de ella, con una sola mirada; cinco minutos habían bastado para trastornar su alma. No se detenía en consideraciones sociales; no se le ocurría pensar en la diferencia entre él, pobre gaucho, zafio, sin principios y sin más fortuna que su trabajo, y la dama rica, de brillante posición, educada como una princesa. Para él era lo mismo su cabaña de adobe que el elegante palacio moderno.

El no entendía de esas cosas ni quería entenderlas. Había visto, por casualidad, una mujer, le había gustado con delirio y era preciso que fuese suya. Mercedes y Carmelo habían cruzado una mirada, y de eso sí se daba cuenta el gaucho; de lo que aquella mirada significaba; pues bien, después de aquella mirada, el único problema que se presentaba ante el joven, el único que tenía que resolver, era cómo hacerla suya.

Allí tumbado, recibiendo de plano los ardientes rayos solares, durante las largas horas de la siesta, no hizo sino dar y dar vueltas á su única idea en su ya caldeado cerebro. El sol empezó á ocultarse por los picos de los Andes, llegó el crepúsculo, y con él la fresca brisa.

da mirada del gaucho hasta que por fin bajó la vista, y cuando sus párpados se habían cerrado siguió aún sintiendo que aquellos ojos penetrantes del joven gaucho seguían en ella clavados. Movida por un impulso para ella desconocido, se sintió atraída hacia el que la miraba, la sangre se agolpó en su garganta, en sus mejillas, en su frente y su orgullosa cabeza se inclinó, dominada por extraña pesadumbre. Sintióse un momento poseída de invencible abandono; sin poderse dominar, abrió los ojos y volvió á mirar á Carmelo. Al encontrarse su mirada con la del gaucho le pareció que una ola de fuego le abrazaba el rostro.

Un momento, un solo momento duró aquello. Sobrecogida de trémula agitación dió un paso atrás, entró en la habitación y violentamente, nerviosamente, cerró el balcón.

En aquel momento, otra nueva salva de aplausos la saludaba desde la calle, y los vítores y brávos se mezclaban á las palmadas, pero en aquellos instantes no tuvo oídos para aquellas manifestaciones de admiración. Había algo allá en el fondo de su corazón que gritaba con más fuerza que apaga todo sonido, todo ruido que de allí no dimanara; ruido extraño, ruido que jamás había sonado en su alma, que la abrumaba, que la enloquecía.

—¡Bravo, bravísimo!—exclamó el padre de Mercedes, que en aquel momento entraba en el cuarto, acompañado del coronel.

Venía alegre, con la cara risueña, satisfecho, y repetía, restregándose las manos:

—¡Ya lo decía yo! ¡Ya lo decía yo!

Carmelo seguía aún en la misma posición. Pensando en aquella mujer que tan fuerte pasión había despertado en él, quedóse dormido. Generalmente dormía como un tronco, como duerme el hombre que trabaja mucho y se acuesta rendido; dormía de un tirón, sin soñar, pero ahora soñaba y dormía intranquilo.

Sin duda, los cuentos que su madre le narrara de aquellos caballeros españoles pendencieros de la Edad Media le hicieron impresión, y nuestro gaucha soñó que, en lugar de su caballo fuerte y basto, montaba andaluz corcel ricamente enjaezado, y él, sin poncho, sin anchos calzones, sin sombrero picudo, sino vestido a la antigua, rondando el castillo de la rica hembra Mercedes, tratando de burlar la vigilancia de los hombres de armas y haciendo los imposibles por vencer la antipatía de una dueña que jamás dejaba asomarse a la ventana a su dama, buscando la manera de verse con el señor del castillo y la ocasión de encontrar a solas al alcaide y atravesarle de parte a parte. Rondaba el bosque que rodeaba el castillo, cuando de pronto oyó murmullo de voces y pisadas de caballos.

Despertó.

Tumbado como estaba en tierra, notó con claridad el ruido de las patas de los caballos y el ruido de voces. Eso no lo había soñado.

—¿Qué será eso?—se preguntó, al tiempo que se incorporaba.

Cerca del sitio donde tanto tiempo había permanecido tumbado, pasaba un mal camino de herradura, y los caminantes debían venir por él.

Con cautela, casi arrastrándose, se acercó a las altas cañas que allí forman la valla del camino.

Por entre ellas, y a poca distancia, pudo ver unas cuantas personas a caballo, que se acercaban.

Al mirar sintió agolpársele toda la sangre en el corazón.

Delante de la cabalgata avanzaba la bella Mercedes.

Vió que detrás de la muchacha, y muy cerca de ella, cabalgaba su padre y el coronel, y detrás un buen grupo de jinetes y Amazonas, hijos e hijas de todas las personas pudientes de San Ramón, que habían organizado aquella jira a caballo en honor de la familia de D. Emilio, sus distinguidos huéspedes.

Después de la expedición y merienda regresaban al pueblo.

Desde su escondite, entre las cañas, Carmelo les podía ver de cerca, y como el paso de las cabalgaduras era lento, el gaucha pensó que podía ver bien y escuchar algo de lo que hablaban.

Como buen saltador y escucha, preparó ojos y oídos. Al momento notó, por la expresión de la cara de la señorita Mercedes, que iba pensativa y abstraída en sus pensamientos, sin prestar atención alguna a los chistes, risas y conversaciones de los que componían su escolta.

Pocos metros antes de pasar delante del escondite que ocupaba Carmelo, el coronel se adelantó hasta ponerse al lado de la hija de D. Emilio, mientras éste, al mismo tiempo, deli-

beradamente, contenía a su caballo, reuniéndose con los otros y dejando sola a la pareja.

Pasaron casi rozando las cañas de la valla, y oyó claramente que el coronel decía a la muchacha:

—¿Por qué va usted tan pensativa y está tan triste todo el día, cuando esto se presenta a pedir de boca?

Mercedes no contestó, y el coronel siguió diciendo:

—El triunfo está asegurado. Mañana, cuando anunciemos la revolución, tendremos ya a nuestro lado más de ochocientos hombres dispuestos para la lucha. Entonces, encantadora Mercedes, les llevaré a la victoria, y tendré el gusto de poner los laureles a sus pies... Usted será...

No pudo oír más; la distancia bo-

la revolución! Mañana va a ser ella. ¡Va a arder Troya!

Cuando un hombre del temple de Carmelo decía que iba a arder Troya, vaticinaba una cosa horrible.

—¡Troya, Troya!—siguió diciendo.

Una hora más tarde, el gaucha rondaba el Hotel Nacional; daba vueltas a su alrededor, mirando todas las ventanas y balcones, la huerta, buscando a la Bella Mercedes, decidido a tener una explicación con ella.

—En cuanto tenga la menor ocasión—se decía—, la aprovecho. Tengo que verla, necesito hablar con ella...

La ocasión no tardó en presentarse.

Al pasar por delante de un portillo de la tapia que rodea el hotel, algo blanco le llamó la atención. Se asomó con disimulo y miró.

Era Mercedes.

Carmelo se quedó un momento contemplándola, fijo en ella, conteniendo la respiración.

La hija de don Emilio estaba sentada bajo el emparrado que se extendía a lo largo de la tapia.

En un banco rústico adosado a la valla, más que sentada medio echada, con las manos en la nuca, la cabeza muy echada hacia atrás contemplaba por entre pámpanos y hojas, el obscuro azul del cielo. Sus labios parecían murmurar palabras, plegaria, canción, ¿quién sabe?

En el pequeño

jardín no había nadie más.

Al ver Carmelo que la señorita de Ortega estaba sola, entró sin hacer ruido, andando silenciosamente, aunque con rapidez, y en un momento se puso delante de ella.

La joven al sentir, más que ver, que alguien se acercaba, se puso de pie como movida por un resorte.

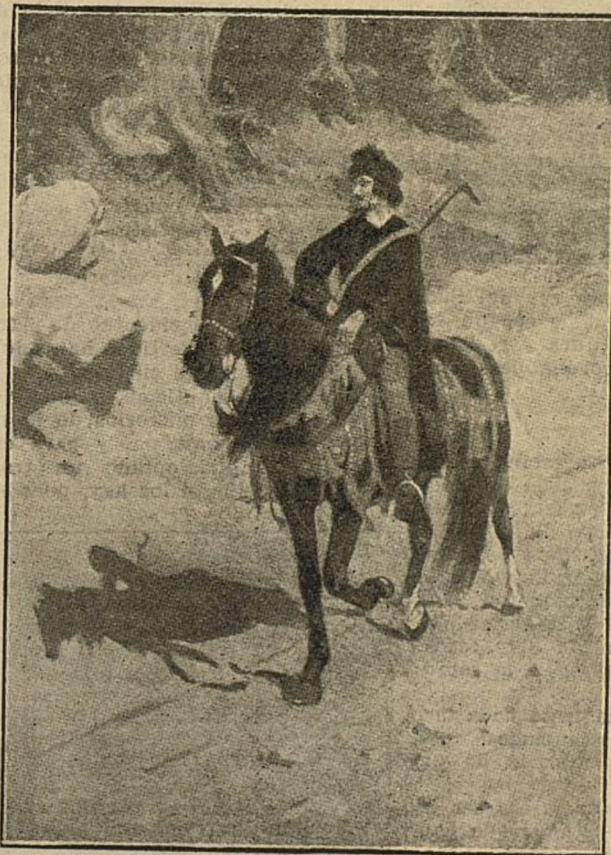
Al ver al gaucha, su corazón palpitó fuertemente; sus mejillas se colorearon de grana.

En un principio no pudo hablar, pero con su mirada un tanto impetuosa, parecía pedir una explicación.

Carmelo también permaneció mudo de emoción contemplándola extasiado, como los bienaventurados miran a Dios.

Por fin, Mercedes, violenta, preguntó temblorosa:

—¿Qué quiere usted?



rró las palabras del coronel, pero había oído lo suficiente.

—¡Ah!—exclamó Carmelo para sus adentros, y apretando mucho los dientes.—El militante se ha enamorado de Mercedes, y la quiere para él...

De un salto se puso de pie, miró hacia el grupo de jinetes que se alejaba camino de San Ramón y comprendió la marcha tras ellos.

—Bueno—seguida pensando el gaucha y medio pronunciando las palabras, lo suficientemente alto para que le oyera un individuo que, a juzgar por la inclinación de su cabeza, le llevaba escondido entre el pañuelo que rodeaba su cuello.

—Bueno, veremos. ¡Veremos quién se lleva el gato al agua!

El otro, el que llevaba en el pañuelo, no debió hacerle observación alguna.

—¡Conque mañana por la noche

COSAS RARAS Y NUEVAS

Aunque todas las coronas reales de los diferentes países, tienen alguna

CORONA REAL

variación entre sí, sea en la forma, sea en los adornos, nadie al ver esos signos de realza, dudará un solo momento de que tiene delante una corona real; pero la fotografía que aquí damos es imposible que á nadie se le ocurra que es uno de esos atributos y, sin embargo, es así.



La corona, que ha sido fabricada por un artífice de Liverpool, está destinada á ceñir la cabeza de un rey del Sudoeste africano, que debe ser un señor de cabeza muy dura y resistente, pues la citada corona pesa muy cerca de diez kilos.

En la actualidad no están los ferroviarios yanquis en huelga, como los nuestros, pero, sin embargo, tienen tiempo para holgar.

Hace pocos días, sesenta y seis empleados del ferrocarril de Fort Worth, Estado de Texas, se reunieron para comer un melón; no para comer melón, sino un solo melón ente todos, y todos quedaron hartos de la sabrosa cucurbitácea.

Pesaba la succulenta fruta nada menos que 140 libras, comiéndose, por consiguiente, cada uno más de un kilo.

La redondeada fruta parece ser la bola comestible más grande que han producido los Estados Unidos.

Y las suelen dar grandes.

Dubois es un joven marido á quien su mujer trataba bastante mal, y todo lo aguantaba con paciencia, hasta que el otro día presentó una denuncia en el Juzgado de Marsella, acusando á su mujer de malos tratos.

Le había apaleado en público.

Un sifón de seltz es un magnífico extintor de incendios. El ácido carbónico ahoga las llamas y tiene la ventaja de que puede usarse á distancia.

La sal es un soberbio desinfectante. Sirve para limpiar el hierro; un buen dentífrico, quita las manchas que hacen los huevos en los cubiertos de plata, quita las manchas de fruta de servilletas y manteles, y

mezclada con cualquier ácido, sirve para limpiar objetos de bronce.

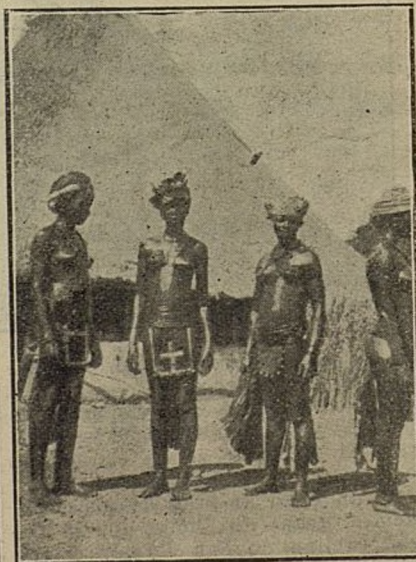
El Correo de los Estados Unidos es la institución postal más grande del mundo. Según Mr. Hashin, los 300.000 empleados de Norte América, manejan al cabo del año 15 mil millones de cartas, periódicos, paquetes postales, tarjetas, etc. Más de 800.000 cartas pasan al día por las oficinas de Correos, expendien y pagan 250.000 giros postales y certifican más de 115.000 cartas, todo esto en veinticuatro horas.

Miles de toneladas de periódicos, impresos, etc., pasan por las manos de los empleados en una sola hora.

Los misioneros, tanto católicos como protestantes, recorren el mundo convirtiendo al cristianismo á los salvajes del mundo entero.

En la costa occidental de África, los negros convertidos han adoptado una costumbre curiosa.

Después del bautismo, y una vez instruidos en los misterios de la religión, se les confirma, y para esa ceremonia han adoptado un traje singular, sencillo si los hay, pues sólo



lo consiste en un pequeño delantal, una especie de mandil masónico, que adornan á su gusto con bordados, piedras, cuentecillas, conchas y dientes de animales salvajes.

En nuestro grabado se ven cuatro muchachas ataviadas con el traje de gala de confirmación, y una de ellas ha tenido el gusto de bordar una cruz, indicando que va á ser confirmada su fe en la religión de Cristo.

Las culebras que no son venenosas, son repugnantes, y entre las venenosas las hay, cuya picadura es mortal, sobre todo en las regiones tropicales de América y África.

SERPIENTE PELIGROSA

La inmensa mayoría de estos venenosos reptiles, tienen que morder, y por medio de sus dientes huecos inoculan el veneno en el organismo. Pero hay una especie que habita el África Meridional y que, afortunadamente, no es muy venenosa, que tiene la facilidad de lanzar el veneno á la distancia de tres metros; ponzoña que al caer sobre una mucosa ó sobre una herida, mata fatalmente.



Algunos ejemplares de esta rara especie, que se conservan en algunos jardines zoo-

lógicos, se tratan con cuidado y con mil precauciones. Los encargados de darles de comer llevan una especie de casco y fuertes guantes para preservarse, no sólo de sus picaduras, sino de sus mortales salivajos.

No basta en las ardientes regiones de la India inglesa que los policías

LA POLICIA EN LA INDIA

protejan sus cabezas con cascos ni sombreros. El calor en aquellas regiones es tan fuerte, los rayos solares tan ardientes, que aun los mismos indígenas no pueden á veces soportar los.

Por eso el Gobierno inglés ha adoptado el uso de la sombrilla para los agentes de orden público, mas con el objeto de que no sea un chisme molesto, sino cómodo



y de que puedan tener ambas manos libres en todo momento, la sombrilla va sujeta por el mango en el cinturón, y una correa en la espalda la mantiene en posición perpendicular.

Nuestro grabado da una idea de cómo se protegen del sol los "guindillas" del Indostán.